

En el caso de Marlowe su análisis se hace más fino, del placer estético a las conjeturas de la novela policial, para concluir con una bella metáfora de dos caras.

Shakespeare, que encierra y resume todos los hombres, fue para sus contemporáneos invisible, como en cierta forma también lo fue Cervantes para los suyos. Pero el poder creador de Shakespeare, surgido directamente del contacto con los autores y el escenario, podía apagarse, en silencio y sin remordimientos, luego de esa magia instantánea. Además, a Shakespeare, dueño y señor de todas las palabras, no le pareció pertinente buscar aquellas que describieran su silencio apacible de propietario campestre. La conferencia se convierte así en el borrador ampliado de otro texto borgiano: «Everything and Nothing». Una creación que brota de la erudición. Un erudito que brinda las fuentes de su creación.

Del amor y los otros desconsuelos (1968)

Gustavo García Saraví, poeta argentino que ha cultivado con gran acierto el soneto, y muy vinculado a España, ve prologada su obra por Borges. Una obra donde lo personal y lo histórico se entrelazan, ahondando el pasado a partir de la referencia personal. Borges propone entonces un rescate de la historia argentina y de las fechas que son hoy placas de mármol.

Por ello, repasar la obra poética de Borges es encontrar también su versión de la historia argentina, desde la primera junta de gobierno, durante el congreso de Tucumán, hasta su oposición al régimen de Perón. Pero el hombre que nos ha dado su personal versión del pasado histórico es también el prologuista que ha señalado a nuestra atención innumerables textos que vale la pena revisar. Su propia historia literaria argentina. Allí están Mariana Grondona y un libro de viajes por Europa, allí están Wally Zenner y dos libros de poemas, allí está Susana Bombal y su novela y Emma Risso Platero y su libro de narraciones fantásticas. Hay que releer entonces con ojos de Borges y ver qué queda de todo ello. Prólogos con un prólogo de prólogos (1975) ofrecía ya muchas opciones para reconstruir la peculiar historiografía literaria borgiana. A ello deben añadirse, además de los mencionados, estos de Cócara y García Saraví. Gracias a Borges la literatura argentina se dilata en sus silencios y en sus márgenes.

Los morenos (1970)

Ya en 1935, cuando publicó Historia Universal de la Infamia, Borges, a través de «El espantoso redentor Lazarus Morell» había prestado atención a lo que el aporte negro significó en la cultura de América, desde el irónico arranque del cuento:

En 1517 el P. Bartolomé de las Casas tuvo mucha lástima de los indios que se extenuaban en los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas, y propuso al emperador

Carlos V la importación de negros que se extenuaran en los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas.

El cuento, que según Mary Lusk Friedman (Una morfología de los cuentos de Borges, 1990) pinta «un retrato estereotipado de las plantaciones de EE.UU antes de la guerra civil», propone ya muchas de las consecuencias que Borges atribuye a ese gesto del P. de las Casas, y que treinta y cinco años después volverá a repetir en su prólogo a la carpeta de dibujos del artista uruguayo Carlos Páez Vilaró, creador también de un singular conjunto arquitectónico en la costa uruguayana: «CasaPueblo».

Esas consecuencias eran, en el cuento, y refiriéndose a Sudamérica: «el éxito logrado en París por el pintor doctor oriental D. Pedro Figari, la buena prosa cimarrona del también oriental D. Vicente Rossi» y «la fornida carga a la bayoneta llevada por Soler al frente de sus Pardos y Morenos en el Cerrito», todos ellos mencionados de nuevo al hablar de Páez Vilaró y sus ágiles dibujos, de trazo rápido, donde los patios y la bullente vida de los balcones entretejen su ágil red.

De todos modos, Borges no parece ir más allá de estas reiteradas referencias, en su balance de la cultura negra en el Río de la Plata, y de una resignada aceptación de la esclavitud, redimida por algún gesto heroico o de una asimilación, despojada de memoria histórica. La anécdota final acentúa la desamparada soledad de unas gentes en una tierra a la que habían sido arrastrada por la fuerza y vendidas al mejor postor. Sin embargo, el brillo exótico de la Historia Universal de la Infamia había terminado por convertirse en un dolor inmediato y fraterno, vivido en la intimidad de su propia casa.

Fiat Concord (1971)

Borges, para subsistir primero y luego dentro de su amabilidad sempiterna, condescendió a muchos encargos: un folleto sobre Argentina para Varig, una conferencia sobre literatura fantástica editada por Olivetti, y un hermoso testimonio sobre los amigos, que comienza con su padre y con Macedonio Fernández, para un laboratorio farmacéutico.

Dentro de este género se sitúa la carpeta con acuarelas de Castagnino —vigorosos rostros de caballos, en entrecruzado tropel de piernas y cascos— para promover un nuevo modelo de la Fiat.

El texto, como siempre, le sirve para ir más allá de su función publicitaria. Reflexiona sobre la historia argentina —«Caballos y hacienda se multiplicaron bíblicamente y contribuyeron a convertir el virreinato más modesto y más indigente en una de las primeras repúblicas latinoamericanas»— y para amonedar una imagen arquetípica de su patria: «el hombre firme en el caballo».

Sin estar obnubilados por la admiración asoma la sospecha, inconcebible pero cierta, de que Borges era incapaz de una página menor. Ésta, con el involuntario humorismo de sus finales «caballos de fuerza» termina por traer un eco de remotos orígenes y

hazañas legendarias. De una épica menor, pero épica al fin, del primer caballo al Fiat Concord. Borges, publicista, sabía persuadir.

Ramón Columba: El Congreso que yo he visto (1978)

Para los «Esquemas» de la Editorial Columba de Buenos Aires, Borges preparó tres delgados y útiles volúmenes: literatura inglesa, norteamericana y uno sobre el budismo, en colaboración con Alicia Jurado. También prologó un cuarto, colectivo y más voluminoso, sobre la Argentina.

Estos trabajos, algunos de los cuales le ayudaron a subsistir cuando el peronismo lo dejó cesante como bibliotecario y lo nombró inspector de aves en un mercado de Buenos Aires, están detrás de este prólogo hecho a la recopilación de anécdotas y caricaturas que Ramón Columba, el editor, dedicó al Congreso argentino y a sus representantes, entre 1906 y 1943.

Señala Borges el carácter a la vez preciso y espectral de todo retrato, ya que subsiste más allá del muerto y en alguna forma lo encarna para siempre, y reflexiona luego sobre la caricatura que tiene «como todas las artes, la misteriosa obligación de ser grata». El valor del prólogo se enriquece, como en el caso de Páez Vilaró, con un recuerdo personal de Borges, mostrando su estrategia en tal campo: erudición histórica que desemboca en referencia autobiográfica. Así, Borges dibuja, con un generoso rasgo, al editor de los serviciales «Esquemas», mostrando, una vez más, cómo la palabra termina por recrear, mejor incluso que las líneas del lápiz, la silueta de un hombre.

María Luisa Bombal (1988)

La autora de La última niebla y La amortajada, publicadas por Sur, debería fascinar a Borges. Esa joven chilena pelirroja había logrado crear un mundo narrativo propio. María Luisa Bombal, con su firme pulso para borrar los límites entre vida y muerte, y su actitud inteligente y emancipada en la vida diaria, causó una impresión imborrable entre sus amigos argentinos de los años 40, tal como lo confirma una página de José Bianco, el mítico secretario de redacción de Sur, ahora incluida en su libro Ficción y reflexión (Fondo de Cultura Económica). Por ello, muchos años más tarde, Borges deja consignada, en inglés, su admiración por una escritora sutil, que había aprendido a hablar desde la muerte, como en el caso de La amortajada, y era, sin lugar a dudas, una de las mejores, como lo atestiguan las reediciones (Seix-Barral) y las biografías que se han escrito sobre su atrayente y desgarrada figura. La edición en inglés de sus textos confirma su irradiación creciente y la importancia, cada día mayor, de su aporte a nuestras letras. Borges lo supo antes que nadie.

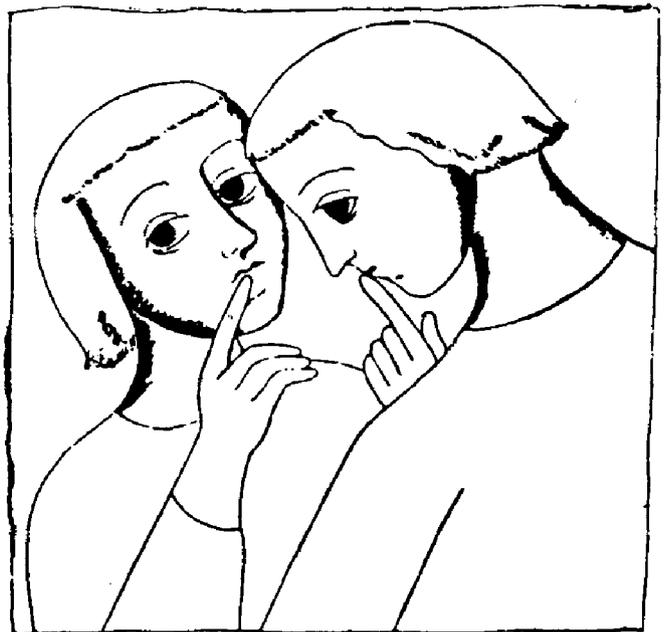
Juan Gustavo Cobo Borda

LA CALLE DE LA TARDE

P O R

N O R A

L A N G E



PRÓLOGO DE JORGE LUIS BORGES

Primera edición de
La calle de la tarde,
poemas de Nora Lange,
con una viñeta de
Nora Borges (1924)

J. SAMET, LIBRERO - EDITOR
B U E N O S A I R E S